

INDIVIDUALISMO, UTILITARISMO Y SOCIEDAD

ESPERANZA GUISÁN

Universidad de Santiago de Compostela

ABSTRACT

Contemporary Moral and Political philosophy has concentrated either on defending individual rights, as in the case of contractualism or other branches of liberalism, or has proclaimed the social duties of men and women as a social creatures, forgetting individuality as in most cases of communitarianism.

I have chosen classic utilitarianism, specially Mill's, in order to show how utilitarianism of some kind can be more reasonable than the other choices in order to explain the cooperation between reason and moral feeling as well as between impartiality and sympathy. Best of all, Mill's utilitarianism, for example, can be shown as an exemplary doctrine that can please at the same time our individual and social self, overcoming **communitarianism** as a complement to liberalism.

Sin duda la teoría ético-política más comentada en este siglo que acaba, ha sido la que se contiene en **Teoría de la justicia** de Rawls.

En ella, como es bien sabido, el autor anuncia su propósito de proponer una teoría alternativa del utilitarismo¹, sin mejor resultado que alcanzar los aledaños de la teoría milliana.

Las teorías contemporáneas: el neoliberalismo, el comunitarismo y el neoutilitarismo poseen sus aciertos y sus fallos. El neoutilitarismo peca de haberse diluido en las aguas neocontractualistas convirtiéndose en una ética prácticamente deontológica y formal. El neoliberalismo ha cometido el desliz de proclamarse liberal y social, olvidando que éstas son precisamente las características de las que deriva el utilitarismo clásico de Mill. Por último, el comunitarismo ha sacrificado el elemento individual para corregir el excesivo individualismo del neoliberalismo.

Curiosamente, sin embargo, la ética utilitarista que ha recibido las críticas más feroces de nuestros contemporáneos no ha sido el neoutilitarismo de Hare o de Brandt sino el utilitarismo clásico, tal vez porque, como ya indiqué, el neoutilitarismo está más cerca del neoliberalismo contemporáneo que del utilitarismo clásico.

Dentro del utilitarismo clásico existe una rara veta que conjuga todos los elementos rescatables de las éticas contemporáneas. Es el utilitarismo clásico de J. S. Mill, que posee entre otros el atractivo de rehuir el individualismo al mismo tiempo que el sociologismo. El individuo es *con los demás*. Pero el individuo es, antes que ninguna otra cosa.

Como Robson indica, J. S. Mill fue el autor liberal clásico que llegó lo más cerca posible a los lindes del socialismo. Y esto lo hace doblemente atractivo.

Precisamente la simpatía que puedan haber despertado Rawls o Dworkin en el presente siglo se debe a su no reconocido espíritu milliano, que les hace tomar parte por los más desfavorecidos.

Cuando se enfrentan cuidadosamente Mill y Rawls, el parecido es más que extraordinario. Por supuesto que les separa un siglo, y el lenguaje no solo filosófico sino también común ha cambiado lo suyo. Debe observarse que Rawls siempre indicó que sus críticas van dirigidas a los utilitaristas clásicos, pero la mayoría de las veces menciona solamente a Bentham y a Sidgwick. No incluye a Mill. La filosofía de Mill no está infectada por las faltas que él encuentra.

¹ J. Rawls: *A Theory of Justice*, Oxford University Press, reimp., 1989, pág. VIII.

Además de parecerse al liberalismo progresista, Mill se diferencia de su versión contemporánea cuando ésta se opone a que sea parte de la función legítima del gobierno el inculcar ninguna perspectiva moral².

O lo que es lo mismo, huye Mill por igual de una ética emotivista en la que el ciudadano propone su propia cualidad de bien, y de una ética comunitarista en la que la sociedad, las instituciones, establecen el bien de cada uno.

En el caso de Mill es más difícil llegar a clasificarlo por lo que es, que por lo que no es. No es intuicionista, ni racionalista *more kantiano*, no es fundamentalista, ni emotivista. Se trata de una filosofía de la sensatez en que entran a dirimir a partes iguales la razón excesivamente poderosa en Kant y los sentimientos excesivamente altivos como en Hume. Se trata de una tercera vía no sólo en lo que atañe a la base racional emotiva de la ética, de una tercera vía en lo que atañe al individualismo y la solidaridad.

Se podría decir que la filosofía de Mill, a diferencia de las sofisticaciones contemporáneas es ingenua, pero eso sería desvirtuar la misma. Su teoría es sencilla, clara y apela al sentido común de los mortales, lo cual es mucho más que lo que puede pedirse ordinariamente de una teoría.

INDIVIDUALISMO

Una de las críticas que se ha hecho repetidamente al utilitarismo clásico ha sido la de no tener en cuenta a los individuos particulares de modo suficiente.

El objetivo de mi trabajo es señalar que de forma totalmente adecuada, en el caso particular de Mill, la ética cubre los dos frentes: el individual y el social. Por lo que las críticas contemporáneas no le alcanzan en ninguno de sus casos, quedando, por el contrario, en situación inferior a la de Mill.

Uno de los máximos atractivos que pueda ofrecer una teoría moral es la defensa de los individuos por encima de las instituciones, pero esto, claro está, dentro de unos límites.

Lo ideal es que sean seres excelentes los que se den la libertad contagiando las instituciones, haciéndolas *liberales*.

² MacIntyre: *Tras la virtud*, Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1987, pág. 242.

El sueño de compaginar la libertad con la excelencia, la defensa de los individuos con la defensa de la comunidad es uno de los intentos más heroicos de Mill, que ha sido malentendido aquí como en tantas otras cosas.

Así se ha hablado de dos Mills, el de *On Liberty* y el del *Utilitarianism*, cuando es sólo uno y complementario.

Desde luego que hay cierta diferencia entre el contenido de *Utilitarianism* y afirmaciones de *On Liberty* como la que sigue:

“La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro camino propio, en tanto no privemos a los demás del suyo o les impidamos esforzarse por conseguirlo”³.

“Sobre sí mismo, sobre su propio cuerpo, y espíritu, el individuo es soberano” afirmará contundentemente en la pág. 66, para añadir a continuación una serie de matizaciones que bien podrían desconcertarnos:

“Casi es innecesario decir que esta doctrina es sólo aplicable a seres humanos en la madurez en sus facultades. No hablamos de los niños ni de los jóvenes que no hayan llegado a la edad que la ley fije como la de la plena masculinidad o femineidad. (...) El despotismo es un modo legítimo de gobierno tratándose de bárbaros, siempre que su fin sea su mejoramiento y que los medios se justifiquen por estar actualmente encaminados a ese fin”⁴.

Desde un punto de vista contemporáneo, y fuera de un contexto milliano, se diría que se trataba de una teoría tiránica, cuando no es así el caso. Ni tampoco hay contradicción entre este párrafo y el anterior.

Lo que ocurre es que para Mill, a diferencia de muchos liberales, el individuo no crea caprichosamente sus valores sino que los hace crecer cuidadosamente. La libertad es tan importante, nos dice en el capítulo III *Del gobierno representativo*, que aunque un ser todopoderoso y sabio pudiera cuidarse de nuestras vidas éstas estarían llenas de pobreza, al convertirnos en parásitos de la sociedad.

³ J.S. Mill: *Sobre la libertad*, Alianza Ed., Madrid, 1986, pág. 69.

⁴ *Ibid.*, pág. 66.

No hace falta decir que la noción de libertad de Mill conlleva una serie de valores como la energía, la iniciativa, la inteligencia, el trabajar para uno mismo y para los demás.

La libertad no es un fin en sí mismo, sino el medio para que salgan a la luz nuestras cualidades personales y cooperativas más destacadas.

Como indiqué anteriormente citando a Mill: “La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien...” (pág. 69). Lo cual descarta contundentemente toda forma de relativismo, ya que no llamaríamos libre, por ejemplo, al que buscarse su propio mal

Por otra parte ya en *On Liberty* la referencia al bienestar general no deja de estar presente:

“Hemos reconocido que para el bienestar intelectual de la humanidad (del que depende todo otro bienestar), es necesaria la libertad de opinión, y la libertad de expresar toda opinion”⁵.

En *On Liberty*, libro lleno de contradicciones aparentes, se encuentra el mayor canto al ser humano como especie creativa. En contra del utilitarismo de los resultados en sentido peyorativo se encuentra un autor que lucha por conseguir las mejores consecuencias para cada uno de los individuos y su totalidad:

“Realmente no sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen”⁶.

Lo cual supone una valoración del ser humano y su bienestar por encima de todos los beneficios que pudiera producir a la sociedad.

“Entre las obras del hombre, en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es, seguramente, el hombre mismo”⁷.

Con afirmaciones tales se aleja J.S.Mill considerablemente de la caricatura que se ha hecho de sus obras. No sólo no afirma Mill lo que le hacen decir, como que lo que importa es la producción del mayor número de cosas buenas, sino que mantiene totalmente lo contrario.

⁵ *Sobre la libertad*, pág. 119.

⁶ *Ibid.*, págs. 129-130.

⁷ *Ibid.*, pág. 130.

A falta de mejor palabra denominaré provisionalmente a la ética de Mill, la *ética de la excelencia solidaria*, para significar que lo que importa es producir criaturas creativas, en vez de simples instrumentos.

Como dice J. S. Mill de modo claro y transparente;

“Suponiendo que fuera posible construir casas, hacer crecer el trigo, ganar batallas, defender causas y hasta erigir templos y decir oraciones mecánicamente –por autómatas en forma humana–, sería una pérdida considerable cambiar por estos autómatas los mismos hombres y mujeres que habitan actualmente las partes más civilizadas del mundo y que seguramente son tipos depauperados de lo que la naturaleza puede producir y producirá algún día. La naturaleza humana no es una máquina que se construye según un modelo y dispuesta a hacer exactamente el trabajo que le sea prescrito, sino un árbol que necesita crecer y desarrollarse por todos los lados, según las tendencias de sus fuerzas interiores, que hacen de él una cosa viva”⁸.

Lo que Mill reclama no es la libertad caprichosa para retener los bienes o los defectos, por dañinos que sean, que nos venga en gana. Todo esto porque de acuerdo con lo afirmado por Mill:

“Donde la regla de la conducta no es el propio carácter de la persona sino las tradiciones de los demás, falta uno de los principales elementos de la felicidad humana”⁹.

En más de un sentido puede decirse de Mill que es el filósofo moral socrático por antonomasia, ya que sacrifica el halago de los demás por procurar su auto-estima, afirmando su conciencia de acuerdo con principios de reflexión propios y no de acuerdo con la costumbre.

La argumentación que presentaba en el capítulo III de *El gobierno representativo* compara las ventajas de una vida prudencialmente buena procurada por otros y una vida buena buscada autónomamente. En el caso del despóta benévolo, ¿con qué nos encontraríamos?

“Un hombre de actividad intelectual sobrehumana dirigiendo todos los asuntos de un pueblo intelectualmente pasivo.

⁸ *Ibid.*, pág. 130.

⁹ *Ibid.*, págs. 216-217.

La nación como colectividad y los individuos que la componen no tienen ninguna influencia sobre su propio destino. Carecen de voluntad en lo relativo a sus intereses colectivos. Una voluntad que no es la suya, y a la cual no pueden desobedecer sin incurrir en un crimen legal, lo resuelve todo por ellos. ¿Qué clase de hombres pueden formarse bajo parecido régimen?"¹⁰.

Codo con codo, en el *Gobierno representativo*, como en la mayoría de las obras de Mill aparece conjuntamente la idea de que lo que nos lesiona a nosotros lesiona a la comunidad y a la inversa.

Al examinar la conveniencia de que todos participen en la vida política destaca Mill no sólo el sujeto en particular sino los bienes que benefician a la comunidad:

“Más importante todavía que todo lo dicho es la parte de la instrucción adquirida por acceso del ciudadano, aunque tenga lugar raras veces, a las funciones públicas. Vese llamado a considerar intereses que no son los suyos; a consultar, enfrente de pretensiones contradictorias, otras reglas que sus inclinaciones particulares; a llevar necesariamente a la práctica principios y máximas cuya razón de ser se funda en el bien general, y encuentra en esta tarea al lado suyo espíritus familiarizados con esas ideas y esas aspiraciones, teniendo en ellos una escuela que proporcionará razones a su inteligencia y estímulo a su sentimiento del bien público. Llega a entender que forma parte de la comunidad, y que el interés público es también el suyo”¹¹.

Cuando nos adentremos en la parte III de esta charla para hablar de la empatía como eslabón que une los intereses personales y colectivos, tendremos una visión panorámica de la teoría particular de Mill.

De acuerdo con Berger, Mill no fue egoísta psicológico, a diferencia de Bentham, por ejemplo. “Mill did not seek only pleasure as the object of our action”.¹²

Para ser más exactos, Mill buscó la excelencia solidaria, la excelencia compartida, y la redefinió con la “felicidad colectiva”.

¹⁰ *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985, pág. 31.

¹¹ *Ibid.*, pág. 43.

¹² Berger, F.P.: *Happiness, Justice and Freedom - The Moral and Political Philosophy of J.S. Mill*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, Cal., 1984, pág. 37, nota 11.

Por lo demás éste es el procedimiento habitual para determinar la felicidad individual y colectiva. Mill no creyó nunca, contrariamente a los emotivistas, que cada individuo decidiese su propio bien. Más bien consideró las características de la condición humana determinadas por jueces imparciales para distinguir los placeres más elevados de los placeres más bajos.

Por supuesto que éstas y otras afirmaciones de Mill resultan problemáticas. Si lo bueno y lo malo no son conceptos estrictamente individuales, como en Rawls o Dorwkin, ni vienen determinados por el puesto que nos haya tocado desarrollar, como en el comunitarismo, resulta complejo aunque no imposible decidir lo que es bueno y lo que es malo.

Podría decirse que para Mill lo bueno es lo que produce la excelencia y la perfección, al tiempo que salvaguarda los derechos individuales. Con lo cual se nos presenta como una de las aportaciones más interesante para una investigación en ética que venga a corregir los fallos mayores de un liberalismo escéptico, o cuasi escéptico, que tiene como único valor la libertad, y los valores de la vida en comunidad propios del comunitarismo. Mill es un pensador progresista que no se conforma con la convivencia pacífica y la pura tolerancia, sino, como veremos en la parte II, desea lo mejor para sí mismo y para los demás, defendiendo los deberes supererrogatorios tan escasos en el liberalismo clásico e incluso en el neoliberalismo.

Sin embargo, a pesar del carácter altruista de la ética de J. S. Mill, habríamos entendido muy mal su propuesta si nos invitase al sacrificio personal, en aras de la razón pura. Éste sería Kant, pero no Mill, con quien existen tantas discrepancias.

“Merecen toda suerte de alabanzas los que son capaces de sacrificar el goce personal de la vida, cuando mediante tal renuncia contribuyen meritoriamente al incremento de la suma de la felicidad del mundo. Pero quien hace esto mismo, o mantiene hacerlo, con alguna otra finalidad no merece más admiración que el asceta subido a su pedestal”¹³.

O lo que es igual, cuando el sacrificio es un acto de amor para un semejante se convierte en una acción admirable y meritoria:

¹³ J. S. Mill: *El utilitarismo*, Alianza Ed., Madrid, 4ª reimpresión, 1999, pág. 60.

“La moral utilitarista reconoce en los seres humanos la capacidad de sacrificar su propio bien por el bien de los demás. Sólo se niega a admitir que el sacrificio sea en sí mismo un bien”¹⁴.

Entre las múltiples críticas de que ha sido víctima el utilitarismo clásico abundan las malas interpretaciones respecto a su distribución de bienes. Así dirá Rawls:

“La característica más sorprendente de la visión utilitarista de la justicia es que no importa, excepto de manera indirecta, cómo se distribuya esta suma de satisfacciones entre los individuos”¹⁵.

Si tal fuera el caso, la teoría de la justicia de Mill sería tan ofensiva como ninguna pueda serlo.

Por el contrario toda su obra es una réplica en forma de una teoría de la justicia que tenga en cuenta las necesidades de los peor situados, las mujeres respecto a sus maridos, o los trabajadores respecto a sus patrones.

Lo que llama la atención en Mill, de forma admirable, es su sentido de la equidad que se pasa por alto leyes positivas al dictado de una justicia moral.

“De este modo para salvar una vida, no sólo puede ser permisible, sino que constituye un deber, robar o tomar por la fuerza el alimento o los medicamentos necesarios, o secuestrar y obligar a intervenir al único médico cualificado”¹⁶.

Resulta realmente conmovedor el espíritu finísimo de Mill para distinguir los derechos individuales de los que no lo son, cosa que no ocurre en el liberalismo contemporáneo.

Es decir, J. S. Mill sabe distinguir perfectamente entre los intereses generados por el egoísmo y aquellos que son fruto de un juicio ponderado que ponga en un lado de la balanza los intereses personales y en el otro los intereses ajenos.

No se trata de una teoría altruista, pero tampoco egoísta, sino una que intenta hacer justicia a las demandas personales y las de las demás personas.

¹⁴ *Ibid*: pág. 61.

¹⁵ *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, 1979, pág. 44.

¹⁶ *El utilitarismo*, pág. 132.

Resulta por tanto llamativo que un autor de la talla de Dworkin proclame que el utilitarismo pueda “cuadrar mejor que la justicia como equidad con otras partes de esa tradición (americana). Puede justificar mejor por ejemplo la gran desigualdad que la mayoría de los americanos siguen dispuestos a aceptar como tolerable”¹⁷.

SOCIALISMO

El utilitarismo es una teoría extraordinariamente llamativa. Además de defender los derechos de los individuos a no ser guiados por nadie y crecer y desarrollarse de acuerdo con su propio criterio, es una de las teorías liberales más próximas al socialismo con que nos podemos encontrar.

Es una doctrina perfeccionista, aunque esta palabra resulta demasiado seca en español. Más apropiado tal vez sería denominarla teoría de *la excelencia solidaria*, como ya indiqué.

Que sea teoría de la excelencia nos recuerda el mundo griego, donde Sócrates y otros apostaran por un individuo virtuoso, que desarrolla sus excelencias. Que sea teoría de la excelencia solidaria significa que la excelencia que se busca no es de tipo individual e intransferible sino de tipo solidario, como un gran bien a compartir.

Se da cierto remoto parecido con Kant en lo que se refiere a los principios que Hare ha bautizado como de Prescriptividad y Universalizabilidad. Pero también al mismo tiempo coincide con Hume en que la “razón es y sólo ha de ser la esclava de las pasiones y a ellas solas ha de servir y obedecer”.

A partir de esta meta-ética original en la que se combinan razón y sentimientos de forma acorde, surgen las diversas genialidades de Mill que se caracteriza por su medida y ponderación combinadas con un arranque formalista que le lleva a intentar cambiar la sociedad, sus costumbres y sus opiniones.

Podría preguntarse si no es Mill un paternalista al preocuparse del bien de los demás. Pero la cuestión parece clara. Mill se ocupa de los bienes psíquicos y materiales que han de acompañar al ser humano y de *liberarlo de todo tipo de oscuridades que nublen su inteligencia*.

¹⁷ R. Dworkin: *Ética privada e igualitarismo político* (Foundations of Liberal Equality), Paidós I.C.E./U.A.B., Barcelona 1993, pág. 81.

Mill no descubre el bien y el mal de los seres humanos, sino que los pone en camino para que lo descubran por sí mismos.

Al contrario de Burke, en el dieciocho, que busca las raíces de los valores morales en las tradiciones, Mill quiere prescindir de todo tipo de verdad revelada y descubrir una “nueva religión de la libertad que contenga los principios morales que descubre el ser humano mediante su razón y sus sentimientos”. Hay un mal indiscutible en asignar un origen sobrenatural a las doctrinas recibidas. Un origen así haría de todas ellas algo sagrado y prohibiría que fuesen comentadas o criticadas¹⁸. “Ya que toda vez que a un sistema ético se le supone de origen sobrenatural la moralidad queda estereotipada, lo mismo sucede también con la ley, y por las mismas razones entre los creyentes del Korán”¹⁹. La ética de Mill es ciertamente heroica ya que se propone hacer tanto bien a los conciudadanos como una moral sobrenatural sin esperar ningún premio a cambio²⁰.

No dejan de aparecer curiosas similitudes entre la ética de Mill y la de Kohlberg. Así nos habla en primer lugar de la ética de la autoridad y la educación temprana, o del poder de la opinión pública; “es decir la alabanza y la censura del favor y el desfavor que nuestra conducta recibe de nuestros prójimos”²¹.

“Hasta el placer de la autosatisfacción depende en gran medida de la opinión favorable de los otros. Tal es la influencia de la opinión pública que hay que ser una persona de calidad excepcional para convencerse de estar en lo cierto aunque el mundo —esto es, su mundo inmediato, piense lo contrario—”²².

Con ello nos está diciendo Mill que dejemos de estar influidos por las ideas ajenas, sino que mediante ellas ejerzamos la presión que se considera necesaria por parte de la religión. “En todos los asuntos humanos, los sentimientos de nuestros prójimos constituyen de un modo u otro la motivación predominante”²³.

En *El Utilitarismo*, al abordar la cuestión de la sanción del principio de utilidad, vuelve ahora a insistir con más fuerza en la

¹⁸ J.S. Mill : *La utilidad de la religión*, Alianza Ed., Madrid, 1986, pág. 68.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 69.

²⁰ *Ibid.*, pág. 77.

²¹ *Ibid.*, pág. 50.

²² *Ibid.*, pág. 53.

²³ *Ibid.*, pág. 53.

interrelación de los seres humanos y su presión mutua por lo que a la bondad y maldad de sus actos se refiere:

“Por otra parte, no sólo, efectivamente, el reforzamiento de los vínculos sociales, como asimismo todo el desarrollo armonioso de la sociedad, proporcionan a cada individuo un interés personal más fuerte en consultar prácticamente el bienestar de los demás, sino que también le llevan a indentificar sus *sentimientos* cada vez más con el bien ajeno, o al menos con un constante aumento gradual de su consideración de aquél. El hombre, llega, como por instinto, a ser consciente de sí mismo como ser que, *por supuesto*, presta atención a los demás. Llega a resultarle el bien de los demás algo a lo que natural y necesariamente ha de atender, en igual medida que a las necesidades físicas de la existencia”²⁴.

El punto de partida en Mill, no es pues el contrato, como en el neocontractualismo contemporáneo, sino un sentimiento peculiar de los unos hacia los otros, el sentimiento de *Sympatheia* (sympathy) que se desarrolla paulatinamente.

Estos sentimientos morales no son, para Mill, ni naturales ni artificiales sino que se asemejan más bien a las facultades adquiridas;

“Por otra parte, si, como yo creo, los sentimientos morales no son innatos sino adquiridos, no son por ello menos naturales. Es natural que un hombre hable, razone, construya ciudades, cultive la tierra, etc., aunque ello implique facultades adquiridas. Los sentimientos morales no son, desde luego, una parte de nuestra naturaleza en el sentido de encontrarse en grado perceptible presentes en todos nosotros, cosa que tienen que admitir forzosamente aquellos que creen con más fuerza en su origen trascendental. Al igual que las demás capacidades adquiridas a las que nos hemos referido anteriormente, la facultad moral, si bien no es parte de nuestra naturaleza, es un producto natural de ella”²⁵.

Si bien las asociaciones morales son artificiales, precisan de la ayuda de sentimientos poderosos con los que pueda armonizar tal asociación:

“Sin embargo, esta base de sentimientos naturales potentes *existe*, y es ella la que, una vez que el principio de la

²⁴ *El utilitarismo*, pág. 85.

²⁵ *Ibid.*, pág. 82.

felicidad sea reconocido como criterio ético, constituirá la fuerza de la moralidad utilitarista. Esta base firme la constituyen los sentimientos sociales de la humanidad —el deseo de estar unidos con nuestros semejantes, que ya es un poderoso principio de la naturaleza humana y, afortunadamente uno de los que tienden a robustecerse incluso sin que sea expresamente inculcado dada la influencia del progreso de la civilización”²⁶.

La fe en el progreso es casi inquebrantable en Mill. La educación, el desarrollo de la mente y de la capacidad de empatía nos convierten de fieras salvajes que éramos en seres humanos.

“La pobreza como casi todos los males sociales, existe porque el hombre sigue sus instintos bestiales sin ninguna consideración”²⁷.

A medida que el ser humano se ilustra dejará de ser un subordinado voluntario, y el parecido entre unos y otros se hará más evidente.

“Puede anticiparse que este aumento de la inteligencia producirá los efectos siguientes. Primero que la masa del pueblo se resistirá cada vez más a ser dirigida por la simple autoridad y *prestigio* de sus superiores... La teoría de la dependencia y la protección les resultará cada vez más intolerable y exigirán que sean ellos mismos los que gobiernen su conducta y su situación... exigirán que se aplique su propia voluntad y sus ideas y sugerencias y no las normas que otras personas han hecho para ellos”²⁸.

La idea presente en Mill es que todos podemos llegar a saber lo que nos conviene una vez que se encuentre expedito el camino de supersticiones y tiranía.

No se trata sin embargo de que Mill proponga que cada cual haga lo que quiera o lo que le venga en gana, sino de que se le prive de los escollos que hacen que su intelecto y sus inclinaciones penetren en aquellas cosas que de hecho le producirán a la larga más felicidad.

²⁶ *Ibid.*, pág. 83.

²⁷ J.S. Mill: *Principios de economía política*, F.C.E., México, 1978, pág. 334.

²⁸ *Ibid.*, pág. 649.

A diferencia de otros autores para los que el servicio a la sociedad es una obligación primera, para Mill se trata de una *satisfacción* primera.

Dada su concepción de la naturaleza humana y las relaciones humanas,

“el criterio utilitarista mientras que tolera y aprueba todos aquellos deseos adquiridos, en tanto en cuanto no sean más perjudiciales para la felicidad general que aliados de ella, recomienda y requiere el cultivo del amor a la virtud en la mayor medida posible, por ser, por encima de todas las demás cosas, importante para la felicidad”²⁹.

No estaría de más pararnos a explorar este último aserto de Mill: sin virtud no hay felicidad.

No es exagerado afirmar que Mill va mucho más lejos que sus coetáneos, y que nuestros contemporáneos ocupados meramente en el respeto a los derechos humanos. Para Mill, en cambio, sin felicidad no hay virtud. Sin amor a los demás no hay felicidad ni virtud, y sin virtud no hay amor o felicidad.

Los mecanismos psicológicos son complejos y no basta relacionarnos uno a uno. En ocasiones la psique funciona como una fuente de la que fluyen numerosas corrientes.

Al igual que al principio de este texto veíamos que el amarse y desarrollarse influía en el gozo de los demás, vendremos a terminar estas meditaciones sobre Mill, considerando que para este autor el amar a los demás repercute en la felicidad. La vida es como un movimiento de “feedback”, en la que el amor a los demás nos enriquece y nuestro enriquecimiento repercute en los demás.

No será exagerado indicar que Mill supera a los neoliberales en general al proponer una colaboración mutua que vaya más allá del respeto de los derechos ajenos.

Como ya indiqué anteriormente, para Mill los deberes supererrogatorios son los deberes individuales, porque no son excesivos ni suponen una demanda excesiva, sino que tienden a coordinar los intereses humanos y encontrar la vida buena y la vida feliz en los actos que se realizan más allá de todo interés subjetivo.

No es de extrañar que autores poco proclives al utilitarismo hayan alabado su medida, su distinción de los placeres superiores y placeres más bajos.

²⁹ *El utilitarismo*, pág. 95.

“La noción de que la búsqueda de la excelencia por un camino que acrecienta los talentos humanos está en el corazón de la vida humana, se encuentra con facilidad no sólo en el pensamiento político y social de J. S. Mill sino también en su vida y la de la señora Taylor”...³⁰.

Tampoco es de extrañar que Mill haya sido poco menos que vilipendiado al no comprenderse las diferencias entre su utilitarismo de la excelencia cooperativa con cualquier tipo no matizado de utilitarismo.

Curiosamente Mill es el autor de temas tan geniales y sobresalientes como la “felicidad moral”, que han pasado desapercibidos para sus coetáneos y para nuestros contemporáneos.

A diferencia de las teorías revolucionarias que consideraban que el patrón era el que tenía todas las de ganar con el sistema de beneficios, y los obreros todas las de perder, Mill propondrá que tanto los que se aprovechan, como sus víctimas, son igualmente infelices (idea que tendríamos que buscar en Platón).

“La finalidad del progreso no debe ser tan sólo la de situar a los seres humanos en condiciones que no tengan que depender los unos de los otros, sino permitirles trabajar los unos con o para los demás, unidos por relaciones que no entrañen subordinación de los otros”³¹.

“Si continúa el progreso... no hay duda alguna que la situación del trabajador asalariado irá tendiendo gradualmente a limitarse a la clase de trabajadores cuyas bajas cualidades morales hacen que no sean apropiados para nada más independiente, y que la relación entre amos y obreros irá siendo sustituida bajo una de estas formas: en algunos casos la asociación de los trabajadores con los capitalistas; en otros, y quizás en todos al fin, la asociación entre todos los trabajadores”³².

“...la forma de asociación que es de esperar predomine no es la que puede existir entre un capitalista que actúa como jefe y un obrero que no tiene voz ni voto en la dirección, sino la asociación de los mismos trabajadores en condiciones de igualdad poseyendo colectivamente el capital con el cual realizan sus operaciones y trabajando bajo la dirección de personas que ellos mismos nombren y destituyan”³³.

³⁰ MacIntyre: *Tras la virtud*, págs. 246-247.

³¹ *Principios de economía política*, pág. 653.

³² *Ibid.* pág. 653 .

³³ *Ibid.*, págs. 660-661.

Parece verdaderamente increíble que quien haya leído éstas y las restantes páginas de Mill pueda considerarse autorizado a acusar al utilitarismo de despersonalización, es decir, de falta de estima de las personas particulares y sus intereses, que se engloban de una forma despersonalizada.

Quizá todo lo que habría que criticarle al utilitarismo de Bentham, por ejemplo, es su falta de precisión en los términos. La mayor felicidad del mayor número no es una expresión del todo feliz, aunque es de gran utilidad en los casos en que hemos de vernos con dilemas éticos.

A mayor abundamiento, según nos lo explica Dinwiddy, la célebre aseveración de que “the push-pin is of equal value with the arts and sciences of music and poetry”, que Mill hizo famosa, se produjo en un contexto en que Bentham argumentaba contra la concesión de grandes subvenciones públicas dedicadas a las artes, que suponía cargar sobre los hombros de la muchedumbre de los indigentes para diversión de las minorías³⁴.

Por supuesto que es exagerada su aseveración de “no hay” gusto, para evitar la barrera entre los gustos supuestamente refinados y los gustos groseros.

Mill sería de otra opinión muy distinta al proclamar su conocida frase: “Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho³⁵.”

Lo cual nos recuerda una vez más que la buena vida no puede venir marcada por la opinión de las mayorías, sino cuando éstas son debidamente ilustradas y sensibilizadas para distinguir los placeres superiores.

Frente al aristotelismo de algunos autores comunitaristas, Mill es platónico en alguna medida no fiándose de la opinión común sino de la de filósofos o de jueces imparciales.

No es exacto decir que Mill es excesivamente platónico, porque el filósofo o el juez cualificado que en Platón descubre el Bien, en la filosofía de Mill no intuye, sino induce de la experiencia, lo que ha de ser considerado bueno.

Ni se puede decir con rigor que incurre Mill en la falacia naturalista a pesar de derivar lo “deseable” de lo “deseado”³⁶, ya que lo “deseado” por Mill es un concepto ya valorativo que implica lo

³⁴ Dinwiddy, J.: *Bentham*, Oxford University Press, 1989, pág. 114.

³⁵ *El utilitarismo*, pág. 51.

³⁶ *Ibid.*, pág. 90.

deseado por las personas más desarrolladas, más abnegadas y con mayor capacidad de gozo propio y ajeno.

Por supuesto no todas las personas desean lo “deseable”, ni mucho menos, pero todas las personas pueden llegar a desearlo, y todas las personas de hecho lo desearían de llegar a conocerlo. Ocurre aquí exactamente igual que con la calidad de los placeres. No todo el mundo desea los más elevados, pero “es un hecho incuestionable que quienes están igualmente familiarizados con ambas cosas y están igualmente capacitados para apreciarlas y gozarlas, muestran realmente una preferencia máximamente destacada por el modo de existencia que emplea las capacidades humanas más elevadas”³⁷.

Este modo de existencia para Mill es aquél en que tratamos de compaginar nuestra felicidad personal y la felicidad humana, lo cual no es tan difícil si no olvidamos que somos seres con capacidad de *sympatheia*, de tal suerte que nos vemos reflejados en los otros como en un espejo y sentimos y padecemos, disfrutamos y gozamos, conforme padecen, sienten, disfrutan y gozan los demás.

Además de preocuparle la igualdad y solidaridad entre todos los humanos, fue Mill especialmente sensible, posiblemente gracias a la influencia de la señora Taylor, a la igualdad entre los géneros, postulando así “la igualdad de acceso de ambos sexos a todas las ocupaciones industriales”³⁸ porque es una flagrante injusticia social que no haya elección posible, que no exista ninguna otra *cárriere* para la gran mayoría de las mujeres si no es la de las ocupaciones más humildes”³⁹.

La fe de Mill en el progreso no fue del todo inocente y barruntó que se tenían que cambiar las cosas:

“No pasará mucho tiempo sin que se reconozca que las ideas y las instituciones que han convertido el mero accidente del sexo en la base de una desigualdad de derechos legales y de una forzosa disparidad de funciones sociales, son el mayor obstáculo al mejoramiento moral, social e incluso intelectual”⁴⁰.

Otras “visiones” de Mill sobre la creciente mejora de la humanidad no fueron tal vez tan acertadas, pero aun así si no somos

³⁷ *Ibid.*, pág. 49.

³⁸ *Principios de economía política*, pág. 650.

³⁹ *Ibid.*, pág. 650.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 650.

pesimistas estaremos de acuerdo con que el promedio de vida ha aumentado de forma espectacular, que el alfabetismo lleva camino de convertirse en universal, que el nivel de vida ha mejorado bastante incluso en los lugares más castigados de la tierra.

Es mucho lo que se podría criticar a la filosofía moral y política de Mill, pero han sido tantas y tan injustas las críticas al utilitarismo en general en este siglo y el pasado que bueno será que volvamos con insistencia a sus mayores logros.

El nexo de simpatía une al yo con los otros de modo que incluso en *On Liberty* se busca mejorar la felicidad ajena, dándose el caso de que cuando mejoramos la felicidad ajena estamos incrementando la nuestra.

Mill no es evidentemente un racionalista kantiano, pero es un creyente en el entendimiento y el desarrollo sensible y moral, situándose a años luz de las teorías conservadoras que pretenden mantener el prejuicio y la tradición. Mill es contumazmente progresista. Espera todo del ser humano conjuntamente con sus sentimientos poderosos de empatía.

Su psicología es optimista, confiando en que una vez que desaparezcan las telarañas de los prejuicios los seres humanos puedan entenderse e incluso amarse.

He recordado en varias ocasiones los reproches que se han hecho a Mill en este siglo y en el anterior, a veces producto de un incomprensible rechazo inicial basado en el desconocimiento.

Existen incluso críticas apasionadas que niegan que Mill y otros utilitaristas hayan suscrito “que todo el mundo cuente como uno nadie más que uno”, una célebre frase de Bentham que en opinión de Mill “debería escribirse por debajo del principio de utilidad como comentario explicatorio. El derecho igual de todos a la felicidad, en la estimación del moralista y el legislador, implica un igual derecho a todos los medios conducentes a la felicidad”⁴¹.

De este modo Mill recomienda una acción mucho más satisfactoria que la de es mejor no interferir. No se trata ya con Mill de un liberalismo que se conforma con la libertad negativa, o que escamotea sus grados de libertad positiva. El utilitarismo de la excelencia cooperativa de Mill es un ejemplo de lo que debiera permitírse nos soñar. Porque de la madera de los sueños también están hechos los barcos y los pueblos.

⁴¹ *El utilitarismo*, pág. 131.